

cedimiento como formalista, y se elige como criterio clasificatorio no la división institucional de funciones, sino la clase que posee la hegemonía. En el Estado moderno, la conjunción de ejecutivo y legislativo apenas es impugnada ya en la teoría política de las democracias occidentales.

En la doctrina marxista, la teoría de la división de poderes ha sido siempre considerada como una concepción del Estado burgués que debería ser rebatida. Y es significativo del papel secundario de este concepto el hecho —subrayado por Morkel y Meyer— de que en el más importante diccionario soviético especializado de conceptos políticos (el *Političesky Slovar*, 2.^a edic., Moscú, 1958) no aparezca, y que la *Enciklopedičesky slovar pravorych značij* (Moscú, 1965) lo cita sólo entre comillas. Incluso en las democracias occidentales —dicen los autores citados— decrece la importancia del concepto división de poderes, si bien todavía aparece no sólo en la literatura, sino también en la administración de justicia (por ejemplo, la sentencia por la que en 1952 fue prohibido en la República Federal Alemana el neofascista partido del Reich, se fundamentaba, entre otros argumentos, en su hostilidad contra la división de poderes). Por eso, los juristas se preguntan si la división de poderes es una base del Estado democrático la que todos los partidos democráticos deberán estar obligados, así como deben admitir el sistema político-democrático. En el Estado de partidos moderno —terminan Morkel y Meyer— el pluralismo de los grupos de interés, de las *élites*, de los medios de comunicación, es una traba más eficaz contra la monopolización del poder que un alambicado esquema de *checks and balances* como lo implantó la antigua teoría del Estado constitucional, con notable olvido de los factores sociales.

Emilio SERRANO VILLAFañÉ.

Moss, Robert: *El experimento marxista chileno*. Editora Nacional. Gabriela Mistral. Bellavista. Santiago de Chile, 1974. 249 páginas.

Mucho se ha escrito y se sigue escribiendo sobre Chile. Desde 1970 Chile ha sido uno de los centros de la curiosidad periodística y política mundial, al que se han destacado periodistas y políticos, corresponsales de prensa y líderes propagandistas. Casi todos en visitas rápidas y con prejuicios *a priori* que les hacían ver lo que querían ver, lo que les «interesaba» ver para contar luego, parcial y desfigurado, a sus lectores o al gusto de las empresas propagandísticas de las que eran emisarios. Faltaba, por tanto, en casi todos esos informadores la objetividad y desapasionamiento que debe presidir toda buena información.

Robert Moss, inteligente editorialista de la revista inglesa *The Economist*, escritor, político estudioso, observador imparcial, ha visitado repetidas veces Chile para informarse directamente y sin prejuicios de la «verdad de Chile» en 1971, 1972 y 1973, dando un cuadro objetivo a la misma en las columnas de su revista en las que describía con honradez y sin pasionamiento alguno el panorama completo de la experiencia chi-

lena que tanta expectación había despertado en el mundo entero. Ningún chileno —dice el prologuista del libro— ha ejecutado hasta ahora una labor más documentada en la materia y ningún periodista ha trazado un cuadro más fiel sobre la historia política de Chile entre 1970 y 1973.

Este es el contenido del libro que presentamos, ahora en su versión castellana, pero que apareció en su versión original inglesa con el título *Chile's Marxist Experiment* y que ha recorrido el mundo en otras versiones como «un testimonio sereno y objetivo sobre la experiencia allendista, testimonio que emana de alguien ajeno por completo a las personas, tendencias y sentimientos locales que se han entrecrocado en este drama». Pero la imparcialidad del autor no es indiferente, pues ésta estaría reñida con la humana atención que ha puesto el autor en recoger y reflejar los hechos del «experimento chileno». Y es de significar que *El experimento marxista chileno* fue escrito en gran parte antes del pronunciamiento militar, lo cual añade méritos a la honradez informativa del autor, que no pretende situarse ni a favor ni en contra de la Junta de Gobierno, sino simplemente ser fiel a los hechos.

Del libro de Moss se desprenden dos cosas muy importantes. La primera es que la revolución de Allende era una auténtica experiencia revolucionaria marxista, lo cual nunca negó, por otra parte, su principal protagonista. La segunda es que dicha experiencia rompió los moldes jurídicos de la democracia chilena e hizo física y moralmente imposible el futuro de ésta en los términos en que había existido antes en el país.

El escritor británico ha explorado a Chile atenta y cordialmente, desapasionadamente. Ha conocido y calibrado la acción de los partidos políticos marxistas y democráticos, los gremios, las Fuerzas Armadas, la Judicatura, las «amas de casa» (que tanta influencia tuvieron en el derrocamiento de Allende), el periodismo chileno. El autor retrata bien a los comunistas y a los nacionalistas; entiende bien el gremialismo nacido en la Universidad Católica y que se extiende a los mineros del cobre y a los camioneros; conoce y hace honor en sus relatos a ello la tradición profesional y apolítica de las Fuerzas Armadas y los intentos de colaboración de éstas, aun con gran repugnancia, para ayudar al país a no salirse de la vía democrática hasta darse cuenta de la imposibilidad de compartir con el gobierno, cada día más marxista, la responsabilidad de llevar a Chile al caos anarco-comunista al que arrastraban ya descaradamente el presidente, sus fuerzas de la extrema izquierda, a las que no pudo, no supo, o acaso no quiso controlar. Ese fue su máximo error del cual fue víctima trágica.

Un mérito del libro de Robert Moss es el de haber vivido con el verdadero protagonista del experimento marxista y de la victoria chilena contra el marxismo, esto es con el pueblo, con campesinos y mineros, comerciantes y empresarios, estudiantes y obreros, sindicatos y privilegiados miembros del «partido». Por eso quienes vienen orquestando una campaña comunista contra Chile y los que de buena o mala fe les hacen el juego, deberían leer sin prejuicios el libro que presentamos. Les aclararía muchas cosas y les haría rectificar no pocas.

Una introducción y diez capítulos componen este libro. Tres años de gobierno marxista en Chile —comienza diciendo Moss— finalizaron en las humeantes ruinas de su Palacio Presidencial el 11 de septiembre de 1973. Allende estaba dispuesto a todo con el objeto de mantenerse en el poder. Allende escogió la muerte antes que el exilio, rechazando cuatro ofertas distintas de salvoconductos. Había presenciado el hundimiento de todos sus planes. Pero ¿por qué murió Allende? ¿Acaso, como dicen sus partidarios, tratando de defender la democracia contra una conjura de conspiradores fascistas? ¿Murió (como se imaginan los críticos de la «Nueva Izquierda») porque le costó mucho darse cuenta de que, al final era imposible llevar a cabo una revolución socialista por medios pacíficos? ¿O fue la acción de las Fuerzas Armadas el desesperado y último recurso de la mayoría opositora que veía a los marxistas pisotear sus derechos políticos y arrastrar a Chile a la bancarrota? ¿Acaso era posible que el pronunciamiento de septiembre desatara una sangrienta guerra civil al destruir las bases para la insurrección de estilo bolchevique que la extrema izquierda estaba planeando?

El libro de Moss va proporcionando las respuestas a estos importantes interrogantes. Naturalmente las respuestas de Moss no sirven para quienes creen que por haber ascendido Allende al poder en una elección libre (aunque solamente apoyado por el 36 por 100 del electorado) tenía el derecho de actuar como quisiera durante su período de esos años. Ni tampoco sirve para aquellos que se imaginan una laudable finalidad la de crear una segunda Cuba por medios pacíficos.

Lo cierto es que las Fuerzas toleraron al Doctor Allende durante tres años y que sus más destacados generales participaron en tres de sus gabinetes. Y que la decisión para derrocarlo fue tomada con dificultad y dolorosamente, basada, según el autor, en la plena convicción de la concurrencia de estos cuatro puntos: 1) la evidencia objetiva de que el gobierno Allende había hundido a Chile en la peor crisis social y económica de su historia moderna; 2) la convicción de que los partidos marxistas sólo aspiraban a apoderarse del poder absoluto; 3) la existencia de un claro mandato popular a la intervención militar, manifestado en declaraciones de la Corte Suprema, el Congreso, la oposición y los líderes sindicales, y 4) el descubrimiento de los esfuerzos de la extrema izquierda para incitar a la rebelión dentro de las mismas Fuerzas Armadas y la creación de un «ejército popular». Naturalmente, termina el autor, «las Fuerzas Armadas debían actuar en septiembre no solamente para salvar al país, sino para salvarse ellas mismas de lo que hubiera podido ser una nueva versión de «la noche de los cuchillos largos».

Y si estos planteamientos suenan como algo extraño —ya lo advierte el autor— es en parte «porque los lectores occidentales no fueron bien servidos por la prensa de estos tres años del «experimento marxista», aunque Allende sí lo fue. Por eso este libro «es la tentativa de aclarar lo que, realmente, estaba aconteciendo en Chile en medio de una nube de frases como «reforma», «gobierno del pueblo» y el «costo social». Constituye un documento en la desoladora herencia económica del gobierno Allende, producto no solamente de la incompetencia, «sino de

una calculada estrategia para la conquista del poder», que, para los marxistas que rodeaban a Allende, «el objetivo primordial fue siempre el poder, dejando a un lado la eficiencia y la justicia social». Se propusieron que la revolución chilena fuera «irreversible» (lo cual atenta contra la esencia misma de la democracia que es cambiante), usando tres tácticas diferentes para llegar a la instalación de un sistema totalitario (que es lo más opuesto a la democracia «proclamada»). Al comienzo creyeron conseguir el suficiente apoyo en el país para ganar un referéndum sobre la nueva Constitución que terminaría con el Parlamento y los Tribunales de Justicia; sus esperanzas se vieron fallidas al no lograr obtener la mayoría en las elecciones municipales de abril de 1971. Después, su popularidad decayó verticalmente y Allende jamás se atrevió a enfrentar a los votantes en un plebiscito; las ambiciones electorales de la izquierda fueron sustituidas por otros métodos.

Una poderosa facción de la Unidad Popular de Allende, al igual que los grupos revolucionarios fuera del gobierno «se encontraba preparando, desde el mismo comienzo, una violenta insurrección: una revolución dentro de la revolución ayudados por gran número de extremistas extranjeros e instructores militares...; los comunistas y socialistas trabajaban febrilmente preparando sus brigadas para el inminente choque». Régis Debray, que visitó a Allende por última vez en agosto de 1973, resumió esta situación en los siguientes términos en *Le Nouvel Observateur*: «Todos sabíamos —dice— que era un asunto táctico ganar tiempo, organizar, armar y coordinar las formaciones militares de los partidos que componían la Unidad Popular y su gobierno. Era una carrera contra el tiempo». Pero las Fuerzas Armadas, que habían dado la alarma oportunamente, se adelantaron.

Unos días antes de la caída de Allende, la Corte Suprema y el Congreso chilenos decidieron que el gobierno había violado repetidamente la Constitución. El Congreso declaraba terminantemente: «El gobierno es no solamente responsable por las violaciones aisladas de la Ley y de la Constitución, sino que las ha convertido en un sistema permanente de conducta»; y seguidamente el Congreso apelaba expresamente y sin recatarse a las Fuerzas Armadas para «restablecer el orden». Ello significa —dice Robert Moss— «que el pronunciamiento militar debe ser considerado como el derrocamiento inconstitucional de un gobierno que se había tornado inconstitucional, abusando de su autoridad ejecutiva para fustigar las opiniones del Congreso y de los Tribunales de Justicia, destruyendo la confianza en las instituciones democráticas del país».

Las Fuerzas Armadas chilenas —termina el autor de este libro— llegaron a la conclusión de que la democracia no tiene derecho a suicidarse, porque para todo se es libre menos para dejar de serlo y el gobierno chileno había ahogado la libertad y la democracia invocando sarcásticamente esos dos grandes principios. Algunos liberales occidentales creen que los demócratas deben permanecer conformes hasta el fin: que si su sistema permite que los enemigos tengan medios para destruirlos, se les pide a ellos que actúen sólo por sus propias reglas. Pero las Fuerzas Militares «apoyados por muchos civiles, vieron las cosas de modo distinto;

decidieron que había llegado el momento en que el país debía escoger el mal menor: optar entre caer en una uniforme —y probablemente inalterable— dictadura marxista, o imponer una forma transitoria y amplia de gobierno militar que daría tiempo para hacer retornar al país a su condición primitiva».

La fase final del experimento marxista se convirtió —dice el autor de este libro— en «una competencia mortal entre aquellos que se convencieron de que la violencia era el único camino para detener la caída cuesta abajo de Chile hacia la guerra civil y los que se encontraban ya convencidos de que la violencia era la única forma de salvar a la revolución de sus enemigos». Pero «los ultras marxistas trabajaban frenéticamente para completar sus preparativos para un golpe izquierdista (basado en el modelo de la revolución bolchevique), que se adelantaría a cualquier intento eventual e intervención militar»; para esto y según los planes descubiertos, entraban como medios «el asesinato de cientos de personas de la oposición, altos oficiales del Ejército, Marina y Aviación, periodistas conservadores y hombres de negocio». Y esa «noche de los cuchillos largos» iba a tener lugar el día de la Independencia de Chile, menos de una semana después del pronunciamiento».

Esto es, termina Robert Moss, que «si las Fuerzas Armadas no hubieran actuado el 11 de septiembre, la izquierda hubiera organizado una sangrienta huelga preventiva que hubiera quebrado la espina dorsal de la oposición».

Esto son los hechos y esto es lo que dice un periodista, que no es chileno, y se declara objetivo e imparcial, sobre «el experimento marxista chileno».

Emilio SERRANO VILLAFañÉ.

OLASO J., Luis María: *Introducción al Derecho*. Tomo I. 2.^a edición. Universidad Católica Andrés Bello. Caracas, 1977. 509 págs.

Entre las diversas obras de *Introducción al Derecho* que en los últimos años se han publicado en lengua castellana, destaca como de indudable interés, sin que ello implique infravalorar otros trabajos interesantes, la que ha publicado en marzo de 1977 el profesor venezolano Luis María Olaso.

Se trata ya de una segunda edición. Pero la innovación respecto a la primera edición es importante, pues supone nada menos que duplicar la extensión de la anterior edición, así como añadir dos extensos títulos acerca del *Fundamento del Derecho* y de los *Fines del Derecho*. Introduce, así mismo, elementos nuevos en los capítulos II y IV del título II.

La pretensión del libro es fundamentalmente didáctica: ser una guía clara y sencilla para el estudiante, así como un elemento de diálogo entre el profesor y el alumno. Para conseguir tales objetivos el autor nos dice en el Prólogo que ha redactado el libro de manera que «hable al